

LA DEMOCRACIA DIRIGIDA EN MEXICO

Sergio Sánchez Martínez./ Facultad de Derecho

I.
La problemática de la democracia en México reviste diversos aspectos a cual más interesantes, dada la muy *sui generis* aplicación que ha tenido dicho término por estas tierras. A lo largo de toda nuestra historia, a partir del México independiente principalmente, se ha hablado mucho de democracia, pero su aplicación a cualquier nivel político ha sido en realidad nula. Podemos atribuir este hecho a muy variadas razones, entre las que destacan, primero, la escasa politización de las grandes mayorías, segundo, la falta de interés en los asuntos políticos de esa misma gran mayoría silenciosa. Cabe hacer la aclaración que esa falta de interés obedece a múltiples y variados factores, tanto de orden subjetivo como objetivo. La tercera razón podría ser el hecho de que el sistema democrático parece ser de difícil aplicación en los países de origen hispano, siendo la excepción que confirma tal regla el caso de la República de Chile, en donde por lo observado —sobre todo últimamente—, sí es posible la aplicación de la democracia en sus instituciones políticas.

Las tres razones antes propuestas se pueden sintetizar en una, de carácter psico-sociológico y a más de tradicional, folklórica: el *meimportamadretodo* tan arraigado en la mentalidad nacional.

II.
En la organización política del México autóctono no se encuentra vestigio alguno que nos conduzca a afirmar la existencia de la forma democrática en sus primitivas estructuras. Así, por ese lado, no puede decirse que tengamos una tradición democrática. Por otro lado, ya en el México colonial tampoco aparece una forma democrática que norme en algún aspecto la vida nacional. El gobierno de la Nueva España dependía absolutamente del gobierno metropolitano, ejercido éste por una monarquía absoluta, que delegaba sus funciones en la persona del virrey, quien a su vez era el gobernante directo.

Si en México o Nueva España no hubo institución alguna que se rigiera en forma democrática durante toda la época colonial, nos queda al menos el consuelo de que tampoco la hubo en parte alguna del mundo conocido hasta entonces.

III.
Es durante la guerra de independencia cuando encontramos el primer conato demócrata: en el Congreso de Chilpancingo convocado por Morelos. Pero este vestigio es a la vez el primer antecedente de la democracia dirigida (tan en boga en estos tiempos aperturistas); mas en esa época tiene al menos cierta justificación, ya que el estado de guerra que vivía el país, hacía imposible la elección directa por el pueblo de las personas llamadas a ser sus representantes.

Al final de la guerra de independencia, una vez consumada ésta por el tráfuga Agustín de Iturbide, se implantó, previo un plan (el primero de una larga cadena de planes) llamado de la Profesa —urdido por influyente grupo de sotanas—, el primer imperio. El pueblo en general fue ajeno a tal nombramiento y no participó en él, exceptuando, quizá, al borracho de Pío Marcha.

Después, también como producto de la democracia dirigida, aparece el primer presidente de México, Guadalupe Victoria, y tras un largo periodo de constantes luchas de grupos por el poder, surge la figura legendaria y pintoresca del pillo Antonio López de Santa Anna, figura de antología de nuestra picaresca política tan rica en su variada fauna, llamado a ser por largo tiempo el árbitro de la vida política del país.

La marquesa Calderón de la Barca (esposa del primer embajador de España en México), nos obsequia con su agradable prosa un curioso retrato del general Antonio López de Santa Anna, a quien tuvo oportunidad de conocer durante uno de sus retiros, allá por los albores del año 1840. En sus páginas la señora embajadora, nos pinta a Santa Anna como un filósofo en retiro y quien de volver a dirigir el gobierno lo haría sólo en beneficio de su pueblo y a petición del mismo. Así ni más ni menos, cual vernáculo Cincinato.

Toda la época en la que la singular figura de Santa Anna fue preponderante, es de sobra conocida y creo con la mayor seguridad, que nadie osaría siquiera hablar de democracia al referirse a ella.

La Revolución de Ayutla derrocó al dictador Santa Anna, ésta sería a la postre la definitiva despedida del famoso general. Los hombres de Ayutla encabezados por el viejo caudillo suriano Juan Alvarez, tenían entre sus más inmediatos objetivos la creación de una constitución para regular el ejercicio del poder y poner fin a las constantes luchas intestinas. Provisionalmente asume el poder el propio Juan Alvarez, quien poco más tarde se retira, quedando al frente el mismo Comonfort.

El liberalismo imperante en esa época era una posición de vanguardia. Todos los simpatizadores del plan de Ayutla eran connotados liberales, y es así cómo bajo los auspicios de tal corriente se trata de imprimir el sello democrático a todas las instituciones políticas. Desgraciadamente todo quedó en buenos propósitos, nuevas guerras y la imposibilidad de cumplir los programas propuestos debido a esas constantes luchas facciosas y a otras razones de probable carácter temperamental, terminaron con aquello que era un simple proyecto.

Comonfort renuncia al gobierno y éste es ocupado por el ministro de Justicia que es Juárez y a quien constitucionalmente le corresponde.

Así Juárez inicia su gobierno que habría de prolongarse durante catorce años en los cuales, en rigor tampoco puede hablarse de democracia auténtica. Incluso el propio Juárez a su muerte estaba bastante demeritado (curiosa paradoja a quien habrían de llamar "benemérito") entre las filas liberales quienes habían sido sus sostenedores en los años precedentes. Lo acusaban éstos de haber gobernado en forma dictatorial, sobre todo en los últimos años de su gobierno.

A Juárez se le acusa, entre otras cosas, de nepotismo y alguno de sus detractores llega a atribuirle la frase, a decir de él bastante conocida, de "para mis amigos todo, y para mis enemigos, justicia si se puede".

El balance de la obra juarista no es nuestro objetivo, simplemente consignamos lo que en relación al tema tratado sea digno de considerar y creemos que a pesar de todo, puestos en una balanza sus aciertos y sus errores, son mayores aquéllos.

A la muerte de Juárez su sustituto por orden constitucional es Lerdo de Tejada, quien más tarde y para seguir la tradición es derrocado, previo plan, por el general Porfirio Díaz, el famoso soldado de la República, héroe del dos de abril, del cinco de mayo y de otras célebres batallas contra el imperio.

Porfirio Díaz inicia su gobierno con las promesas de rigor: fin al reeleccionismo, respeto a la voluntad popular, etcétera, y resulta curioso hacer notar que es él quien inicia el culto juarista, al conmemorar el primer centenario del nacimiento del llamado patricio, con una serie de inusitados homenajes.

Durante los largos años del gobierno de Díaz, el pueblo jamás ejerció sus derechos democráticos. La democracia era dirigida por el propio Díaz y un grupo de personas comprometidas con él "hasta la ignominia", imaginándose a sí mismos "como el producto de una civilización peculiarmente criolla: la de los déspotas ilustrados". El único que se atrevió a competir con el caudillo en unas justas electorales fue el famoso licenciado Zúñiga y Miranda.

La revolución contra el gobierno de Díaz iniciada por Madero, despertó en el pueblo ciertas esperanzas e ilusiones postergadas por tantos años de dictadura, el pueblo participó del entusiasmo y fogosidad de los nuevos próceres.

IV.

Madero propuso una serie de reformas de carácter político, las mismas que le habían servido de bandera en su lucha contra la dictadura y fiel a la clase de la cual provenía, hizo caso omiso de las reformas sociales que el pueblo le demandaba y que habían motivado su levantamiento armado. Su iluso idealismo le hacía concebir para México una democracia al estilo suizo y fue una lástima que su muerte haya impedido la posibilidad de ver hasta dónde llevaría en la práctica tan paupérrimo programa.

Victoriano Huerta es el hombre fuerte a la muerte de Madero. Para llegar a la presidencia hace uso de una serie de triquiñuelas legaloides y en rigor no puede decirse que haya sido un usurpador, pues en virtud de tales artificios su gobierno fue formalmente legítimo.

Tras el consabido plan, Venustiano Carranza desconoce al gobierno de Huerta y se lanza a la lucha armada con la bandera de la legitimidad y el constitucionalismo. Al triunfo de la revolución encabezada por él, convoca a un congreso constituyente, mismo que nos habría de legar el aún vigente ordenamiento supremo y que no resultó a la medida de sus deseos, porque auténticos revolucionarios modificaron el proyecto enviado por el "Primer Jefe" incorporando artículos de hondo contenido social tales como el 3.º que se refiere a la educación, cómo debe ser ésta, quiénes deben impartirla; el artículo 27 base de la reforma agraria, y sobre todo el artículo 123 en cuya creación intervinieron verdaderos trabajadores. Ahí mismo en el artículo 40 se establece cuál debe ser la nueva forma de gobierno: "es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una República representativa, democrática, federal". Venustiano Carranza protestó fielmente el cumplimiento de la nueva Constitución, ya que por algo era el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Pero el varón de las luengas barbas, olvidó pronto sus promesas constitucionales, siendo el primero en violar el ordenamiento que según él era la razón de su vida y cual Porfirio en ciernes trató de perpetuarse en el poder. Pero sus sueños imperiales tuvieron un despertar trágico en el amanecer brumoso de una noche serrana.

V.

El sucesor de Carranza, tras un corto gobierno interino, fue electo por el pueblo en la forma señalada por la Constitución. Esto pudo ser posible dado que el nuevo caudillo, Alvaro Obregón, gozaba de mucha popularidad y simpatía (dicen que contaba muchos cuentos colorados) tanto entre el pueblo como entre el ejército, siendo este último un factor decisivo, pues sin su apoyo difícilmente se podría gobernar.

El caudillo, factotum de la vida y destino nacional, dirige la democracia según lo considere conveniente para el "bienestar" del país y entre sus deberes está el de imponer a quien debe sucederle para que reine la armonía en la gran familia "revolucionaria", pero hete aquí que ésta es rota por un miembro de ella quien quiere volver a sentarse en tan preciada silla, casi un trono; el hijo desobediente sale del país con el rabo entre las piernas después de fracasar la revuelta por él encabezada y se vislumbra en el horizonte el fin del caudillismo y el inicio de la era de las "instituciones".

Plutarco Elías Calles es llamado por la historia oficialista (tan pródiga en sobrenombres) el Presidente estadista o el Estadista de la revolución. Su gobierno estuvo supeditado a las órdenes del caudillo, llegó hasta el extremo de reformar la Constitución para complacer a aquel a quien le debía todo lo que era. Jamás tuvo el valor revolucionario para sacudirse de tan pesado lastre.

¡El Caudillo ha muerto, viva el caudillo! Plutarco Elías Calles a la muerte de Obregón no buscó reelegirse, no era necesario, por algo ahora era el "Jefe Máximo", el gran elector, el consejero de tan próspero negocio, sólo había que cambiar de gerente cuando fallara alguno, como a ese mediocre de Pascual Ortiz Rubio, "el Nopalito". . . ¡hombre, cómo se me ocurrió traerlo desde Brasil para que hiciera el papelazo! . . . Efectivamente, creo que en toda la historia de México, jamás ha ocupado la Presidencia hombre más mediocre que Ortiz Rubio, sus méritos "revolucionarios" son haber desconocido, siendo gobernador de Michoacán, al gobierno de Huerta, cosa que hizo cuando se dio cuenta hacia dónde sopla-

ban los revolucionarios aires. Su "obra" material es como él, insignificante, creo que toda se reduce al inútil pasaje subterráneo que atraviesa la calle 16 de septiembre en su esquina con San Juan de Letrán. Ahí una placa nos señala pomposamente tan "brillante" acontecimiento.

VI.

Calles funda un partido político con el fin de agrupar en él a todas las fuerzas vivas de la revolución y obviamente dirigir la democracia desde un objetivo menos expuesto a los ojos del pueblo. Uno de los primeros directores del "nacido para ganar" es el señor Portes Gil, oportunista de ayer y de siempre que todavía anda por ahí en sus últimos estertores demagógicos.

Lázaro Cárdenas resulta el candidato del partido de la Revolución Mexicana. Es apoyado por grandes grupos revolucionarios, incluso por el ejército y contra la voluntad de Calles llega a la Presidencia sucediendo al tahúr Abelardo Rodríguez (otro digno ejemplar del zoológico propuesto líneas arriba). La maledicencia apunta "otro impuesto de Calles, durará lo que el Jefe Máximo quiera".

Sin embargo, contra todos los pronósticos Cárdenas se consolida en el poder con el apoyo popular que aplaude las grandes reformas sociales realizadas durante su sexenio y que siguen sin ser superadas por gobiernos alguno, anterior o posterior; se reafirma la auténtica independencia económica, lleva hasta un extremo inconcebible la reforma agraria, todo ello dentro de un marco democrático, hasta donde esto es posible, como consecuencia de un ancestral sistema político viciado por tradición. Las huelgas se proliferan como producto de una autonomía sindical y si las condiciones históricas, contingentes a pesar de todo, lo hubieran permitido, Cárdenas habría pasado a la historia como el Lenin mexicano.

Los gobiernos sucesivos no aportan ningún progreso a la marcha revolucionaria que iniciara Cárdenas, todo lo contrario, significan un notorio retroceso, un contrarrevolucionarismo manifiesto y el considerado por los ideólogos oficiales como el más "izquierdista" de esos regímenes, contradice en la práctica tal consideración, al abortar en forma violenta un incipiente sindicalismo independiente.

VII.

El frustrado movimiento estudiantil de 1968 puso en evidencia las lamentables fallas del sistema y no se le puede considerar tan frustrado si con el tiempo originó un relativo cambio en las estructuras monolíticas en que se sustenta el poder.

La clase trabajadora, a quien le corresponde históricamente el papel de realizar la revolución social, no tiene posibilidades de lograrlo por la mediatización a que la tienen sometida sus dirigentes y por las contadas mejoras que va logrando, no por presiones propias, sino por concesiones que le otorga el gobierno en forma muy paulatina.

La clase media, que en un momento pareció despertar de su letargo, podría por su volumen y su acceso a la cultura, lograr en un momento dado el cambio deseado, pero no le preocupan los problemas políticos, sólo le preocupa encontrar un pronto acceso al *american way of life*, lo que significa su *desideratum*. Estas han sido las consecuencias inmediatas de la democracia dirigida. Al pueblo no le interesa la política porque sabe que el candidato señalado por el gran elector va a ganar con su voto o sin él. Recientemente, ya bajo los auspicios de la apertura democrática, se habló de una reestructuración a fondo en el seno del partido oficial a fin de escoger democráticamente a sus candidatos. Pero tal reestructuración, hasta el momento ha resultado fallida, como botón de muestra está el problema suscitado con motivo de la nominación del candidato del partido oficial a gobernar una entidad nortea, la contienda preelectoral fue subterránea. Esto, además de contradecir los reiterados propósitos democráticos anunciados con tanta profusión por el Partido Revolucionario Institucional, fue motivo de controversias entre los miembros del mismo, pronunciándose contra tal nominación prominentes miembros olvidando intempestivamente las *régles du jeu* que ellos mismos habían contribuido a crear.

La falta de interés del pueblo ha motivado también el creciente número de abstencionistas, quienes ante la inseguridad de que su voto sirva, prefieren abstenerse de emitirlo. En las elecciones presidenciales pasadas el número de abstencionistas fue muy elevado y para las próximas elecciones de diputados se prevé que tal cifra se acrecentará. De ahí que

el gobierno y el partido oficial hayan iniciado una intensiva campaña para "derrotar al partido del abstencionismo". El jerarca máximo del PRI, como es su costumbre, emitió a propósito del abstencionismo, unas poco afortunadas declaraciones que, como en otras ocasiones, se pierden en su contradictoria dialéctica.

La derrota del abstencionismo, no equivale como piensan algunos a una posible derrota del PRI. La oposición no tiene entre sus filas a candidatos que gocen del favor público; el PAN que es el único partido del que se puede decir que representa a la oposición, presenta siempre a las mismas caras, que de tan conocidas no le inspiran confianza ni a sus propios familiares. El programa de los partidos de oposición tampoco provoca el entusiasmo necesario para hacer salir de su marasmo a los abstencionistas.

He querido anexar al presente y modestísimo trabajo, dos caricaturas debidas al ingenio de Abel Quezada, en ellas capta el sentir popular con respecto a las ya cercanas elecciones y nos presenta en una, la falta de preocupación de aquellos a quienes el "sino" ha señalado como los elegidos y en otra, atendiendo más al "show del alma primitiva" nos presenta las tribulaciones de un abstencionista elegido.

VIII.

La abstención no representa en ningún momento, un voto contra México como pretenden hacer creer los dirigentes del Partido Revolucionario Institucional. El abstencionismo representa una forma de protesta en contra del sistema de democracia dirigida, del cual su parte visible y blanco de la ira del pueblo es el propio partido. El descrédito del PRI se debe principalmente a que no ha sabido, no ha podido o no ha querido democratizar sus procedimientos electorales.

Producto también de la democracia dirigida es el hecho de que antes de que se realicen las convenciones del partido mayoritario, ya se sepan los nombres de quienes van a ser no sólo candidatos, sino de hecho ya "favorecidos" por el pueblo, para ocupar el puesto motivo de la elección. Así, ante las ya próximas elecciones, en las cuales el pueblo "elegirá" a sus representantes, ya sabemos quiénes van a ser éstos y hasta quién va ser el líder de la mayoría de los mismos. Los "ideólogos" del partido mayoritario dirán que lo anterior es consecuencia de un juego político abierto, acorde con la apertura democrática anunciada por el propio Presidente de la República.

Por otro lado los grandes núcleos de jóvenes universitarios —que son los más politizados— inconformes en un momento determinado, manifiestan más tarde un conformismo a ultranza en relación al sistema, plegándose en todo a sus métodos, pensando quizá en que "fuera del PRI no hay salvación" y los oímos declarar, tal vez para justificar su nueva postura, que la lucha por el poder sólo se da dentro del partido y que ésta es su forma más benéfica para lograr una estabilidad en todos los órdenes.

¿Existe alguna causa que justifique nuestro llamado sistema democrático? . . . Es posible que la haya. Un gobierno surgido de una revolución y que por ende se precie de revolucionario, no puede, no debe dejar el poder conquistado en esa forma, en manos de grupos que manifiesten su total oposición a tal régimen y pongan en peligro las supuestas o reales conquistas revolucionarias obtenidas bajo su imperio, aunque esté de por medio la voluntad popular sujeta por demás, a los veleidosos cambios subjetivos, propios del ente individual. En nuestro país tal situación se dio —al decir de varios observadores— y en las elecciones presidenciales de 1929 y 1940, en las que se afirmó que la oposición había logrado un triunfo en las personas de sus candidatos: José Vasconcelos y Juan Andrew Almazán, respectivamente.

Igualmente la existencia de un partido prácticamente único ha traído una estabilidad benéfica durante sus cuarenta y tantos años de hegemonía, llegando incluso a despertar la admiración de observadores y gobernantes extranjeros. A propósito de lo anterior, el autor de este presunto ensayo, escuchó de labios de un prominente hombre de la iniciativa privada que cuando acompañó al extinto Presidente de la República Adolfo López Mateos en un viaje a Francia, les contó éste último, que el presidente de ese país general Charles de Gaulle, con sumo interés inquirió sobre la existencia del PRI y su estructura, porque según explicó, Francia necesitaba de un PRI para evitar tanta proliferación de partidos que en un régimen como el francés, un parlamento contrario al presidente obstruye continuamente la labor propuesta por el último. El señor López Mateos le contestó —según mi fidedigna fuente— que el PRI era de difícil trasplante, que era un producto

acorde a la idiosincrasia del pueblo mexicano, producto también de una cruenta revolución que había costado un millón de vidas y que posiblemente Francia no estuviera dispuesta a hacer tamaño sacrificio.

IX.

Teleológicamente el PRI no justifica su existencia. Hasta ahora no ha sido posible captar el destino final que el partido propone, a un gobierno popular, con claras tendencias socialistas, surgido del propio partido, se le opone una larga cadena de gobiernos también surgidos del mismo partido, de tendencia contrarrevolucionaria y capitalistas que nulifican lo alcanzado por el primer régimen citado.

Así los gobiernos postcardenistas, aliados con el capitalismo interno, se han convertido en lo externo en aliados del imperialismo y tal situación exige un cambio, una nueva postura que rompa con tan execrables nexos. Estudiosos del fenómeno político, tanto locales como extranjeros, coinciden en señalar que el actual régimen ciertamente trata de transformar al PRI en un verdadero partido, pero señalan que poderosos grupos que verían afectadas sus posiciones, se oponen a todo cambio, obstruyendo las posibles vías para lograrlo.

A pesar de la consideración anterior, creemos que el establecimiento de un nuevo orden, de una democracia auténtica, no será ciertamente la panacea que alivie nuestros congénitos males, porque (y parodiando a Marcel Proust) ir en busca de la democracia perdida, no nos conducirá al destino feliz y final que todos los hombres anhelamos ver realizado durante nuestro efímero tránsito vital.

Ciudad de México, primavera de 1973

